5.º En un día domingo, que se designará oportunamente, saldrá de la iglesia metropolitana una solemne procesión de rogativa como en las grandes calamidades públicas, la que después de recorrer tres costados de la Plaza mayor llegará á Santo Domingo donde se dará la bendición con el Santísimo. Durante el trayecto todos los concurrentes irán recitando el santísimo Rosario. Invitamos desde ahora á este acto solemne al venerable Deán y Cabildo Eclesiástico, al clero secular y regular, seminario y demás corporaciones religiosas.

6.º Recomendamos encarecidamente á las sociedades consagradas al culto del sagrado Corazón que renueven sus plegarias y promuevan actos públicos de devoción y expiación. Recomendamos igualmente á todos los fieles agregar la mortificación y en especial el ayuno, á la oración, á fin de alcanzar la gracia deseada.

7.º Durante este tiempo los clérigos de menores órdenes y las religiosas ofrecerán al Señor al menos una comunión semanal con el propio fin; lo mismo recomendamos á las almas piadosas.

8.º Si, como lo esperamos, oyere Dios nuestros clamores y la Iglesia chilena alcanzare la deseada paz, se activarán los trabajos de la iglesia del Salvador hasta terminarla y se levantará en ella un monumento de gratitud á nuestro Señor para eterna memoria.

9.º La presente Pastoral será leída en todas las iglesias, capillas y oratorios en que se celebrare Misa, el domingo inmediato á su recepción.

Dada en Santiago, el día de Pascua de Resurrección de nuestro Señor Jesucristo, 1.º de abril de 1888.

MARIANO,
Arzobispo de Santiago.

Por mandado de Su Señoría Ilma. y Rma.
M. ANTONIO ROMÁN,
Secretario.

---

# CARTA AL CLERO
## SOBRE LA ESCASEZ DE VOCACIONES AL SACERDOCIO.

*Amados cooperadores en el sagrado ministerio:*

I.

UN año hace, como lo sabéis, que hemos empezado á cumplir con el sagrado deber de visitar nuestra extensa diócesis, y, en medio de los grandes consuelos que nos causan la fe y el amor de los fieles, hay una pena que nos acompaña en todas partes y que, para mitigarla, vamos á comunicar á vuestros corazones. Bendecimos al Señor á cada paso al contemplar los penosos trabajos de los párrocos, mas no podemos ocultar que pesa sobre ellos una labor abrumadora, y que necesitan de auxilios extraordinarios para cumplir con su sagrado ministerio. No hay parroquia que no necesite al menos de uno ó dos sacerdotes más, y casi todas las del campo deberían ser divididas. Pero á veces no hay eclesiásticos ni aun para servir las actuales. Ésta es nuestra pena y podríamos decir, como en otro tiempo el apóstol, el *continuus cordis dolor*[1] de nuestro ministerio. Desde el primer día de nuestro episcopado habíamos notado la gran desproporción que existe entre el trabajo y los operarios, y con mayor evidencia lo hemos palpado al acercarnos á las parroquias y ver por nosotros mismos la carencia de auxilios religiosos. Juzgad si podéis cuál habrá sido

[1] Rom. 9, 2.

nuestra aflicción al ver á pueblos enteros que salían á nuestro encuentro saludándonos con los nombres más tiernos, y diciéndonos: *¡pastor queremos, cura deseamos; aquí no hay Misa; aquí no se conoce á Dios; pastor y padre, no os retiréis sin consolarnos!* Os confesamos, amados hermanos, que las lágrimas no nos permitían contestar y que nuestra mano temblaba al bendecir á aquellos piadosos é inocentes hijos, á quienes hasta ahora no hemos logrado complacer á pesar de activas diligencias.

Á la verdad, numerosos pueblos, como Toconey, Gualleco, Tiltil, Algarrobo, Quilpué, Peñuelas, Olmué, Sauce, para citar sólo algunos, hace años que carecen de vicepárroco; es decir, están vacantes la mayor parte de las viceparroquias, y cada vez que necesitamos nombrar un nuevo cura tropezamos con gravísimas dificultades. La necesidad apremia tanto más cuanto la muerte en el año último nos ha diezmado, desapareciendo cerca de treinta sacerdotes y entre ellos, bien lo sabéis, sacerdotes modelos. En un solo mes fué necesario nombrar once curas nuevos y rogar á otros se resignaran por amor á la Iglesia á continuar en sus puestos, á pesar de sus graves dolencias. Resignados estamos á lo que la Providencia dispone; pero no os podemos ocultar nuestra aflicción para que nos ayudéis en la medida de vuestras fuerzas á poner remedio á tan grave mal. No podemos, ni debemos guardar por más tiempo un silencio perjudicial, y os abrimos nuestro corazón hablándoos, no sobre los males generales de la Iglesia, sino sobre un pesar que llamaremos doméstico, ó sea una necesidad apremiante y de familia.

Si las parroquias carecen del personal necesario, podréis juzgar las dificultades que se presentan para proporcionar capellanes á los hospitales y establecimientos religiosos, profesores á los seminarios y colegios católicos, y sacerdotes á los oratorios de los campos.



*Messis quidem multa, operarii autem pauci*[1], podemos decir con toda verdad. La arquidiócesis de Santiago ha menester por lo menos del doble número actual de sacerdotes para el servicio regular de los fieles, pues es inmensa la desproporción entre las poblaciones de los diferentes lugares y el número de eclesiásticos de cada localidad.

Ya en 1865, nuestro venerable predecesor el Ilmo. y Rmo. Señor Valdivieso, demostraba en una nota al supremo Gobierno, que entre nosotros sólo había un párroco para cada once mil feligreses desparramados en una superficie de 30,000 millas. «Basta insinuar esta cifra, decía el ilustre prelado, para persuadirse de que es materialmente imposible que el párroco pueda instruir á su feligresía, hacer catecismo á los niños, administrarles los auxilios espirituales y ser el guía, consejero y padre de los desvalidos, aun cuando tenga el celo y las virtudes de un Santo.» Y ¿qué sucederá ahora que la población ha adquirido tanto incremento en estos últimos veinte años? No sólo en los países católicos sino aun en los protestantes, los fieles de nuestra religión cuentan con un cura para cada 2000 feligreses. Así en Holanda protestante, para un millón doscientos mil católicos había, hace veinte años, novecientas parroquias distribuídas en cinco diócesis.

Para atenuar de algún modo el mal que lamentamos, hemos creído conveniente aprovecharnos de la concesión Pontificia para permitir celebrar dos Misas, á veces en una misma iglesia, como en Viña del Mar; pero es evidente que siendo esto apenas una pequeña parte del servicio del párroco, la necesidad persiste siempre en toda su magnitud.

En no lejana época nuestras tareas eran compartidas por numerosos sacerdotes extranjeros, de los cuales aun quedan algunos que trabajan con ejemplar celo y abnegación; pero

[1] Matth. 9, 37.

la corriente ha cesado casi por completo y hemos de contentarnos con sólo los sacerdotes nacionales.

No tenemos pues, lo repetimos, cómo llenar tantos vacíos, proveer á las necesidades espirituales de los pueblos y consolar á tantas almas afligidas.

Como en otro tiempo los hijos de Jerusalén, en aquellos días tan tiernamente llorados por el profeta elegíaco, las almas gritan pidiendo pan, y faltan manos sacerdotales que lo distribuyan y por esto perecen. *Cum deficerent in plateis, et peterent panem, non erat qui frangeret eis*[1].

Y no se diga que en la capital sobran los operarios. Es éste un gravísimo error. En la capital ha de haber mayor número de eclesiásticos, como hay en la cabeza ó en el corazón humano mayor número de miembros que trabajan para todo el cuerpo. Los sacerdotes empleados en la administración, en el coro metropolitano, en el seminario, en las congregaciones religiosas, etc., están desempeñando funciones que aprovechan á toda la diócesis. Además, en la capital residen los ancianos, enfermos é inutilizados en el servicio, y casi todos tienen alguna ocupación eclesiástica compatible con su estado.

II.

Y ¿qué deberemos hacer en tales circunstancias? ¿Contentarnos con deplorar inútilmente el mal? De ninguna manera. Nuestro designio en esta carta es estimularos á ponerle oportuno y eficaz remedio con vuestra celosa activa cooperación.

El primer remedio ha sido ya indicado por el divino Maestro en el Evangelio. *Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam*[2]. Sí, éste es nuestro primer consejo para conjurar el mal: *rogate,* orad y suplicad. De Dios es la mies, de Él es la Iglesia y su porvenir, y

[1] Thren. 2, 11; 4, 4. [2] Matth. 9, 38.



nadie como Él tiene tanto interés por sus progresos. Pero quiere que se lo pidamos con empeño, y no nos negará su auxilio. *Levate oculos et videte regiones, quia jam albæ sunt ad messem*[1] — levantad los ojos y mirad estas regiones que están ya prontas para la cosecha espiritual. En este siglo de interés y de placeres, en que la indiferencia religiosa todo lo invade, si nosotros no nos ocupamos en atender á la pobreza del santuario ¿quién lo hará? ¿quién pensaría en educar sacerdotes si nosotros no lo hiciéramos?

Es pues mi deseo, que en todas las iglesias, en las congregaciones religiosas, y con mayor razón en los seminarios, se hagan perseverantemente oraciones en público y en privado, para que el Señor envíe operarios á su viña y aumente las vocaciones sacerdotales. Conviene, con tal objeto, aprovechar las ocasiones oportunas para recomendarlas á los fieles, en el confesonario y en el púlpito, y llamar mucho la atención de los padres de familia sobre la severa obligación en que están de no contrariar las piadosas inclinaciones de sus hijos al santuario.

¡Cosa singular! Mucho se habla de la felicidad de la vida eclesiástica y hasta se envidia su influencia, su posición y su holganza. Se ponderan su riqueza y su tranquilidad y en todos los tonos se describe su dicha en la vida. Pues entonces ¿cómo se explica el que rehusen venir á aumentar nuestro número centenares de jóvenes, á quienes recibiríamos con los brazos abiertos? Ciencia y virtud es cuanto se exige, aunque no sean extraordinarias, y á todos se facilitan los medios de obtenerlas. ¿Qué falta pues, cuando la puerta está abierta y el pastor señala la senda y convida afectuosamente?

Poco ó nada se preocupan hoy los ricos en inspirar á sus hijos, como en otro tiempo, inclinación al sacerdocio y

[1] Jo. 4, 35.

al apostolado. ¡Ah! triste es decirlo: cuando la Iglesia era más poderosa en bienes de la tierra, cuando ella era libre para administrar sus rentas y disponía de cuantiosos empleos, rara era la familia notable que no contara alguno de sus hijos en esta celestial jerarquía, que los profetas y los apóstoles no han temido llamar asamblea de reyes ó sacerdocio regal, *regale sacerdotium*[1]. No porque sea hoy pobre deja la Iglesia de ser siempre la Hija del cielo, y es indigno de las almas generosas abandonar así á la más augusta y santa de las causas en el día de su infortunio.

Y no digan los padres de familia que no es suya la culpa si sus hijos no se inclinan al sacerdocio, y si el soplo de lo alto no enciende ahora como antes el fuego sagrado en el corazón de los jóvenes de alta posición social. Sabe Dios si más de una vez han apagado la primera chispa, sea combatiendo directamente las santas inclinaciones, sea sometiendo á tiernos niños á pruebas exageradas, sea en fin, oyendo con indiferencia la voz de Dios que les pedía, como á Abrahán, el sacrificio de su hijo.

Sólo un corto número de personas de elevada posición vienen hoy á alistarse bajo la cruz de Jesucristo. Siempre ha sido así desde los primeros días del cristianismo. San Pablo lo observaba sin quejarse: *non multi nobiles*[2], escribía á los corintios, y otro tanto sucederá hasta el fin de los tiempos. El santo concilio de Trento, en su célebre decreto sobre la creación y organización de los seminarios, lo ha consignado y aun podríamos decir que lo ha deseado así: *pauperum autem filios præcipue eligi vult; nec tamen ditiorum excludit*[3]. En efecto, mientras que los ricos se ausentan del altar, el espíritu de Dios continúa suscitando hombres apostólicos de humilde condición. Hoy como ayer no faltarán entre los pobres niños de los catecismos, un Moisés, un David,

[1] 1 Petr. 2, 9. [2] 1 Cor. 1, 26. [3] Sess. 23, De ref. c. 18.



ó un Vicente de Paúl que dejarán de guardar los rebaños para ser pastores de los pueblos. Es sin duda gran gloria de la Iglesia católica el no hacer acepción de personas, premiando el mérito verdadero doquiera que se encuentre hasta elevar sobre el trono Pontificio, más de una vez, al hijo de un pobre labriego.

Sin embargo, nos es grato agregar que entre nosotros ha sido hasta ahora utilísima la reunión en los seminarios del rico y del pobre, estableciéndose entre ambos vínculos estrechos que duran toda la vida. Así ha sido fácil conservar la unión del sacerdote con la sociedad y mantener en el clero el justo prestigio de que goza. Rara ha sido la familia acomodada que no haya tenido á algunos de sus miembros en la milicia santa. «En los seminarios, observaba un ilustre obispo, la unión del rico y del pobre produce no pocas ventajas para la educación. Los pobres comunican á sus camaradas más opulentos, pero ordinariamente menos amigos del trabajo, la emulación y el amor á los estudios serios, y éstos les dan en cambio algo de aquellas elevadas miras y de los finos modales en que han sido criados, y que ciertamente no son menos necesarios al hombre de mundo que al sacerdote.»

Mas, no sólo á la Iglesia sino á la misma sociedad conviene que haya en el clero miembros de posición social, pues el sacerdote está llamado por su estado á intervenir en lo más sagrado de la familia, como consultor, como director de las conciencias y como padre de todos. Ninguna garantía mejor que el que pertenezca por su familia y educación á esa misma clase social que debe también servir y á la que se ve ligado por la religión y por la sangre.

III.

Á esta grande obra de educar sacerdotes todos están obligados á contribuir según sus fuerzas. Se exige ahora